



EDITORIAL

INCERTIDUMBRES CRÍTICAS ANTE LA MODERNIDAD

¿Es Richard Rorty uno de los últimos epígonos de la modernidad?

Cuando se habla en sentido estrictamente filosófico, la denominación «filosofía moderna» designa la filosofía que va desde el Renacimiento (tras la Edad Media) hasta el idealismo alemán. «Filosofía contemporánea» designa, en cambio, la filosofía de los siglos XIX y XX. Sin embargo, cuando se habla de «modernidad» se pretende designar un movimiento más amplio que incluye lo filosófico, lo social, lo político, lo económico, lo religioso y lo cultural, pero que abarca desde el siglo XVI al XX. El concepto de modernidad —y no sólo el concepto sino la misma realidad socio-histórica que designa— tiene hoy una excepcional importancia. A la «modernidad» nos hemos referido ya en otros editoriales de PENSAMIENTO y volvemos a hacerlo ahora para encabezar los artículos que publicamos en este número.

La modernidad, en efecto, nació al socaire de la segunda navegación del pensamiento filosófico occidental iniciada por el agotamiento de la Edad Media. El nuevo humanismo que buscó sus raíces en el mundo clásico greco-romano llevó pronto a revivir la *dignitas* humana y los ideales democrático-participativos desde la conciencia de los derechos y de la soberanía popular. El espíritu de la modernidad llevó al constitucionalismo, a las revoluciones inglesa, americana y francesa, a la asimilación del liberalismo y al diseño de las democracias formales que prosperan en el siglo XIX y tienen su pleno desarrollo en el XX.

Cuando hoy miramos en derredor y constatamos lo que tenemos debemos reconocer que nuestras sociedades responden en último término al diseño de la modernidad-liberal. Estamos plenamente metidos en la modernidad y, por ello, es comprensible que al plantearnos las preguntas éticas y morales sobre el «deber ser» que pesan inevitablemente sobre todo filósofo las confrontemos con nuestra situación real, es decir, con la modernidad. ¿Es la modernidad lo que «debiera ser» de acuerdo con lo que históricamente «aspiró a ser» y la hizo nacer? ¿Es la modernidad una forma correcta de realizar lo que «debiera ser» el «hombre universal» de acuerdo con la racionalidad filosófica?

Estas preguntas no son triviales porque de ellas depende que lo que hacemos personal y colectivamente en el mundo actual responda a nuestro «deber ser» humano. Y el hecho es que numerosos intelectuales plantean hoy en torno a la modernidad muchas incertidumbres éticas y morales, humanísticas, sobre su curso histórico fáctico. El alcance de estas incertidumbres críticas tiene dos niveles. Para unos la modernidad es aceptable en principio pero no ha sabido realizar lo que serían sus ideales profundos: la crítica debería llevar a un replanteamiento del «espíritu» de la modernidad. Para otros la modernidad no es en absoluto aceptable y deberíamos reformular de una forma nueva el curso de la historia humana. Ni que decir tiene que aquellos que no constatan ninguna incertidumbre crítica son los que ven lo que hay, lo describen, se quedan con ello, e incluso se atreven a diagnosticar que con la modernidad-liberal se ha llegado al «fin de la historia».

Pero, ¿qué incertidumbres críticas plantea la modernidad?

La primera incertidumbre es que la modernidad ha llevado a una sociedad «sin fondo», puramente formal, pragmática, desideologizada, laica y neutral ante todas las opciones metafísicas y filosóficas. La modernidad es así, digamos, la institucionalización de una sociedad a-filosófica. El puro pragmatismo de las mayorías, de la eficacia administrativa y tecnocrática, del progreso, de la oferta y la demanda, del beneficio y la innovación que conducen al éxito medido por la riqueza. Una sociedad que funciona sobre la aceptación de los puros «juegos del lenguaje» aceptados pragmáticamente y en evolución imprevista, más o menos consensuados en ciertos ámbitos sociales, sin la menor preocupación por el «deber ser» en correspondencia con lo real.

La segunda incertidumbre es que la modernidad ha creado los resortes para encadenar la sociedad a su propia vaciedad. Las personas quedan por ello condicionadas por la inmediatez individual del consumo, del triunfo, del juego, de la evasión lúdica. Estas incertidumbres alienadoras han sido denunciadas entre otros muchos por Habermas, Popper, Ellul, el llamado republicanismo político con su concepto de «estructuras de dominación», o el anarquismo de siempre prevenido ante la dominación institucional de los seres humanos.

La tercera incertidumbre es que la modernidad ha llevado de hecho a constituirse en un sistema formal orientado a crear el ambiente que haga posible el puro «ciudadano burgués» egoísta, que sólo busca el progreso inmediato e ignora las grandes preguntas transcendentales y las grandes inquietudes ancestrales de la humanidad por la justicia y la solidaridad. Hoy en día no sólo serían burgueses los empresarios con éxito, sino la inmensa masa social que sólo aspira a quedar atrapada en su entretenimiento y bienestar inmediato, suficiente aunque sea modesto. Incluso los políticos del comunitarismo habrían quedado atrapados por las redes alienantes de la modernidad.

Este número de PENSAMIENTO aborda estas incertidumbres y ofrece además una reflexión complementaria sobre de la idea moral del hombre en ciertos aspectos más concretos de la modernidad: Descartes, Spinoza, Hume, Kant y Schiller, así como una reflexión sobre la dignidad humana en la tradición clásica. En los artículos que siguen se plantea el problema del «vaciamiento» de la modernidad al perder toda inquietud ante la «obediencia» a lo real. Se plantea el escenario de una modernidad perdida en la alienación de los ciudadanos que pueden llegar a no estar en condiciones intelectuales de ejercer como tales. Se plantea la desorientación de una sociedad reducida a lo formal que no es capaz de «ver» los grandes problemas reales de la humanidad y de «comprometerse» éticamente en su solución.

Estas críticas fueron también las grandes críticas de los movimientos comunitaristas, hoy fracasados, de los siglos XIX-XX, del socialismo-marxista, del historicismo y del anarquismo. Pero sus críticas de fondo siguen estando presentes entre los intelectuales y muestran que el ideal de la modernidad está inconcluso, o quizá fracasado. Pero las reflexiones de este número de PENSAMIENTO más bien parecen conducir a la necesidad de una reorientación de los ideales inconclusos de la modernidad.